

LA ZOOLOGÍA DE COLÓN

Y DE LOS

PRIMEROS EXPLORADORES DE AMÉRICA.

(CONTINUACIÓN).

REPTILES.

OFIDIOS.

I.—COLÚBRIDOS.

1.—PITYOPHIS DEPPEL.

Cencoatl.—Hern.: *Reptilium*, 9, 23.

II.—ELÁPIDOS.

2.—ELAPS CORALLINA; *coral*.

“Unas culebras delgadas y luengas de siete á ocho piés he visto yo en Tierra Firme; las cuales son tan coloradas que de noche parecen una brasa viva, y de día son cuasi tan coloradas como sangre. Estas son asaz ponzoñosas, pero no tanto como las víboras.”—Ov.: *Sum.*, 55.

“Hay otras culebras coloradas como grana, con listas negras y pintas blancas, gruesas como un dardo y una braza de largo, llámanlas los indios machos de hormigas y pónenselas al cuello por juguete.”—Herr.: IV, 10, 12.

III.—PITÓNIDOS.

2'.—EPICRATES CENCHRIA.

Temacuilcahuilia.—Hern.: 45.

V.—CROTÁLIDOS.

3.—CROTALUS HORRIDUS.

Víbora del cascabel.—Herr.: IV, 8, 11.*Culebra del cascabel.*—Herr.: IV, 8, 13.

“Hay otras pardas, con cascabeles en la cola; han muerto algunos de su picadura y otros no; y si pican alguna bestia se pela.”—Herr.: IV, 10, 12.

LACERTILIOS.

VII.—IGUÁNIDOS.

4.—IGUANIDÆ sp. var.; *iguana*.

Sierpe.—Colón: *Primer viaje*, Octubre 21, 22.—Casas: I, pág. 313.

Serpiente.—Bernáldez: 124.

Serpens.—Vespucio: *Primera Navegación*.

Crocodylus.—J. Martyr, I.

Yu-ana.—Ov.: *Sum.*, 55.—Herr.: I, 4, 2; IV, 10, 15; IV, 8, 6, I, 1, 13; I, 10, 9.

Y-u-ana.—Ov.: XII, 7.

Iguana.—Enciso: *Suma de Geografía*.—Herr.: IV, 7, 3; IV, 3, 4.—Casas: I, pág. 314, 316.

Giovana.—T. Colón: 25.

Yavana.—Sah.: XI, 2, 4.

Ibana.—Herr.: I, 9, 4; IV, 9, 13.

Higuana.—Herr.: IV, 10, 12.

Yaguana.—Herr.: III, 4, 11.

Lagarto.—Herr.: I, 1, 13.

Quauhilitzpal.—Motolinía: III, 21.

Quauhguetzpali.—Sah.: XI, 2, 4.

Aquaquetzpallin.—Herr.: *Rept.*, 4.

“Una iguana, llamada en otras partes de las Indias *ycotea*.”—Herr.: I, 4, 2.

Una iguana de siete palmos de largo vió Colón en la Isla Saometo, ó la Isabela, del grupo de las Lucayas, el 21 de Octubre de 1492. Sus marineros la mataron, y él hizo salar el cuerpo para llevárselos á los Reyes Católicos. El día siguiente mató otra del mismo largo Martín Alonso Pinzón. En el segundo viaje del Almirante no pudieron matar los castellanos á un gran *lagarto* que vieron en la Isla Cabra, cercana á Monte Christi; y mientras costeaban la costa Sur de Cuba hallaron que los indígenas tenían en un lugar una gran cantidad de pescado y dos *serpientes* asándose al fuego. Se llevaron el pescado y los indios dieron muestras de alegría porque no les habían quitado las serpientes. Esta es la primera noticia de que los indios comían iguana. En otro lugar más adelante de la misma costa Sur de Cuba encontraron en la arena pisadas de *grifos*, que los hicieron reembarcar llenos de espanto, y que no eran, seguramente, sino pisadas de iguana.

Vespucio halló también en Costa Firme una iguana asada, y varias vivas con los pies atados y con una especie de bozales en la boca. Navarrete dice que no puede adivinar qué especie de animal era esa *serpiente con alas* de Vespucio; pero la observación es injusta, porque el navegante florentino, aunque compara el animal que vió con una serpiente ó sea dragón, de los que pintaban alados en la Edad Media, observa expresamente que *no tenía alas; demptis alis quibus carebat*.

Del gran número de variantes de la palabra iguana, la más antigua es *yu-ana*, escrita por Oviedo con un guión entre las sílabas *yu* y *ana*. En la pronunciación de aquella época equivalía al nombre *Juana*, y no es imposible que fuese burlescamente aplicado á ese inofensivo animal, cuyo aspecto, unas veces majestuoso y otras terrible, lo hacían comparable con la desgraciada reina Juana, sobrenombrada *la loca*. Pero los indios, según atestigua en su obra grande el mismo Oviedo, á causa de un defecto orgánico que les impedía pronunciar dos vo-

cales juntas, pronunciaron *i-u-ana*; de donde procede *iguana*, con las otras variantes posteriores.

Herrera dice que en algunas partes de la América se llamaba á la iguana *ycotea*. Este es el nombre que se dió á una tortuga muy común; pero no sería extraño que originariamente se diera á la iguana por algún fraile ó bachiller de los que abundaban en las expediciones de entonces. *Eiko thea* quiere decir en griego *parezco una diosa*. La traslación de nombre se haría por la semejanza en el sabor de la carne de ambos reptiles.

CROCODILIOS.

X.—CROCODILIDOS.

5.—CROCODILUS AMERICANUS; en Cuba *caimán*.

Cocodrilo.—Casas: III, pág. 468.

El *Crocodylus americanus* fué encontrado en Cuba por los soldados de Diego Velázquez, año 1511. En ninguna otra de las Antillas mayores ni menores había cocodrilos. Los había únicamente en las islas Caimanes, que Colón nombró Tortugas, y que aparecen en la obra de Oviedo con el nombre de Lagartos. Casas asegura que en la misma Cuba no se encontraban cocodrilos sino en el río Cauto, el más caudaloso de la isla. Este hecho, curioso é importante, solo se explica admitiendo que, unida Cuba anteriormente á la América Central, el río Cauto, hoy de sesenta leguas de curso, tenía entonces trescientas, desembocando tal vez en el Océano Pacífico. Por su boca subirían hasta tan gran distancia los cocodrilos, donde quedarían aislados una vez interrumpida la conexión entre ambos territorios. De otro modo, fuese cual fuese el lugar de su procedencia, habrían dejado rastros en cualquiera de las otras islas, y sobre todo, por uno ú otro lado de la costa de Cuba. Téngase presente que la especie de las islas Caimanes es la misma que había en Cuba, *Crocodylus americanus*, y que dichas islas se hallan situadas en la misma línea de prolongación del río Cauto.

No puede ponerse en duda la afirmación de Casas sobre ese hecho singular. Sebastián de Ocampo hizo una larga visita en 1508 al Puerto de Jagua, hoy famoso por su caimánera; Alonso de Ojeda y sus compañeros anduvieron á pie la distancia comprendida entre el mismo puerto de Jagua y el Cabo Cruz, atravesando ríos y ciénagas hoy infestadas por cocodrilos; Pánfilo de Narvaez, en cuya compañía iba Casas, atravesó toda la isla hasta el cabo de San Antonio; fundáronse en la costa Sur varias ciudades cuyo tráfico se hacía navegando ó atravesando los ríos; y finalmente, los conquistadores exploraron, sin excepción, todos los ríos de la isla en busca de arenas de oro, sin que en ninguno de los documentos que se conservan se mencionen cocodrilos, fuera del río Cauto y sus afluentes. En 1538 un caballero portugués que acompañó á Hernando de Soto á la Florida, y que en 1557 publicó la *Relación* de sus aventuras bajo el seudónimo de *un hidalgo de Helvas*, pasó por la ciudad de Bayamo y hace mención de los estragos causados entre los indios por los cocodrilos del Cauto.

Pero ya entonces, perturbados en la quietud de que gozaban, ó atraídos por el poderoso cebo de carne humana, que en mayor número que antes les ofrecía el movimiento de los conquistadores, habían salido de su retiro, y empezaban á extenderse en todas direcciones. Casas refiere que cincuenta años antes de dar la última mano á su narración histórica, esto es, hacia 1520, apareció un cocodrilo en las cercanías de Salvatierra de la Sabana, población situada cerca del extremo occidental de Santo Domingo. No se acordaba si lo habían matado, pero

lo cierto es que la especie se propagó, y que antes de un siglo era ya muy numerosa en Santo Domingo. Al mismo tiempo se propagaba en Jamaica é iba ganando terreno por la costa de Cuba.

6.—CROCODILUS RHOMBIFER.

Aquetzpalin.—Hern.: *De historia Reptilium*, 5.—Recchi Hern.: pág. 315.

Esta parece ser la especie que encontró Grijalba en Yucatán, en el río que por tal encuentro denominó de *Lagartos*. Hoy existe en varios de los Estados orientales de la República Mexicana, sobre todo en el río Alvarado, según Wiegman. Es seguro que después de la conquista pasó á la isla de Pinos, donde no lo menciona Colón ni ningún otro, hasta Dampier y Oexmelin en diversas épocas del siglo XVII. Después apareció en las cercanías de Batabanó y de la ciénaga de Zapata, costa Sur de Cuba.

XI.—ALIGATÓRIDOS.

7.—ALLIGATOR sp. var.

Ramaro (lagarto).—F. Colón: 93.

Lagarto, *dragón*.—Ov.: *Sum.*, 87.

Caimán.—Ov.: XXVI, 19.—Cieza: 2.—Herr.: IV, 8, 8.

Crocótilio, *lagarto*.—Góm.: 193, pág. 276.

“Hay así mismo en el golfo Dulce y en los ríos, caimanes que jamás dejan la presa, por la forma de dientes que tienen: porque los de arriba son puntiagudos, y encajando en los de abajo, no sueltan: la mandíbula de abajo tienen suelta, la que se menea es la de arriba: nunca abren la boca debajo del agua, porque no tienen lengua: porque entrándoles el agua se hinchan, y vuelven la barriga arriba, y mueren: cuando comen es fuera del agua, y por esto van nadando la cabeza sola fuera: y cualquiera sombra de cosa que vean, abren la boca y lo tragan, sea palo, piedra ó animal: y esta es la razón porque tragan piedras, y no para ir al fondo como algunos dicen: porque ni son amigos de fondo, ni tienen tal necesidad, siendo los mayores nadadores que otros pescados, porque la cola les sirve de timón, la cabeza de proa, y los brazos de remos: como va nadando el pescado, es tanta su ligereza, que lo engulle; y se ha visto hallar en el buche de este animal seis arrobas de pescado fresco sin otra cantidad deshecho: y en uno se halló una india entera con sus vestidos que la había tragado el día antes: y en otro unas manillas de oro y perlas, deshecho el esmalte y consumidas parte de las perlas, y el oro entero: hacen la presa en una parte y en otra la van á comer, poniendo siempre río en medio, por estar más seguros: y aunque sean juntos en alguna presa no admiten compañero en comerla: hay dos maneras de ellos, unos *bambas* y otros *caimanes*, unos verdes y otros pardos, con pintas coloradas: los verdes son más fieros y mayores.

“Ponen de veinte á veinte y ocho huevos, como de ánsar, de cáscara dura, el primer día de la luna, en la playa, y los cubren de arena, como un palmo, y el postrero día de la luna vuelven y rascan, y arañan, y los sacan, y hallan empollados y nacidos: y algunos con el cascarón como perdigones, y matan muchos al descubrirlos, porque como son torpes y cortos de manos, y las uñas son tan agudas, despedazan la ternura de los hijuelos: y hase visto abrir un hoyo, y hallar veinte empollados, y salir todos corriendo, unos sin cascarón, otros con él é irse derechos al agua. Estos comen los indios con apetito, y son como de un gеме: y la razón de

empollarse es el gran calor de la playa con el sol. En el río grande de la Magdalena hay infinidad de ellos, y como tiene muchos brazos, con las grandes corrientes los muda, y lo que una vez es playa, es otra madre: y por esto los caimanes pierden muchas posturas que el agua las cubre y trae á sí: y no ha caído en el agua cuando otros mil pescados se lo tragan, ó se quiebran entre las piedras y los árboles, ó se van á la orilla, á donde otros animales ó aves se los comen; y si no fuese por esto, y porque en saliendo de la arena, cuando las madres los sacan en el agua, se los comen tambien los pescados, y los indios, habria tantos, que no se podria navegar: y hay vez que suben veinte y treinta canoas juntas que llevan quinientos bogadores, que no hay noche que no coman dos y tres huevos, y en treinta días que se detiene se puede considerar los que comerán: y el subir y bajar por este río de la Magdalena es todo el año, por temporadas.

“Suele un indio tomar una estaca aguda de dos partes, y atada por medio una cuerda gruesa, larga y fuerte, se la envuelve al cuerpo, y llevándola en la mano, va nadando la vuelta del caiman por debajo del agua, y caminando el caiman contra él, levanta el indio el brazo fuera del agua, y el caiman abre su gran boca, y traga la estaca y se enclava: y el indio se retira descogiendo la cuerda muy aprieta, y llegado á un árbol la enlaza y tira: y el caiman, como se siente preso y herido, da grandes vuelcos y hace fuerza por escapar: y como no puede menear la mandíbula baja, ni tiene lengua, éntrasele el agua, y poco á poco le sacan en tierra, y los muchachos le quiebran los ojos con varas, y le matan: tambien los matan con un perriño en estaca: hállase que un pájaro le limpia los dientes y le abre los agujeros llenos de pescado: y que otro se le entra en el buche, y le come el hígado, y muere: que estando herido le acometen los otros peces: que es señor del río y de todo pescado: que tiene por contrario al pez espada: que es de tierra y agua: tiene debajo de los brazos un sudor oloroso, que se cura en un árbol al sol, y huele bien para un cofre de ropa, de léjos, y hace mal á las mujeres, y más á las preñadas.”—Herr.: VI, 10, 14.

En el río Chagres, que él llamó de *Lagartos*, encontró Colón en 1502 los primeros aligadores que se vieron en América. Oviedo describió el género en 1526, dándole el nombre de *lagarto* ó *dragón*, con detalles que le diferencian del cocodrilo del Nilo, y que no fueron aceptados como caracteres distintivos entre los hombres de ciencia hasta 1803 por Geoffroy Saint Hilaire. Entre sus observaciones dijo Oviedo que este género tiene “el labio de alto horadado en derecho de los colmillos, por los cuales agujeros salen los colmillos que tiene en la parte más baja de la boca.”

Creyó el cronista nombrado que este género de reptiles era diverso de la cocatriz ó cocodrilo africano, mas nó fundado en la anterior observación y en otras no menos exactas que tuvo ocasión de hacer, sino en que algunas de sus propiedades no correspondían á las descripciones de Aristóteles y otros autores antiguos. Para Oviedo y sus contemporáneos era artículo de fe que el cocodrilo no tiene lengua ni orificio para defecar, y que no mueve la mandíbula baja para mascar, sino la superior. El hallar, por consiguiente, que el reptil americano tiene orificio y movía ambas mandíbulas, fué lo suficiente para tenerlo como criatura enteramente diversa del cocodrilo. En cuanto á su supuesta carencia de lengua, hay todavía quien la afirma; pero consiste en que la lengua, tanto del cocodrilo como del aligador ó caimán, está dotada de poco movimiento por hallarse muy ligada á la mandíbula inferior.

Otro importante dato nos da Herrera respecto á la diferencia entre cocodrilos y caimanes. Dice así en el mismo capítulo ya citado: “Hay dos maneras de ellos, unos *bambas* y otros *caimanes*; unos *verdes* y otros *pardos*, con pintas coloradas; los verdes son más fieros y mayores.” Por donde se ve que el color de ambos géneros sirvió para darles nombre; llamándolos

se al verde ó verdadero cocodrilo, *bamba*, palabra griega que significa tintura; y al pardo con pintas encarnadas, *caimán*, palabra que sin duda tiene el mismo origen de *carmin*.

El sistema de cazar caimanes, denominado por Herrera de *perrillo en estaca*, no era peculiar del Magdalena, pues se usaba también en México. Atravesaban un perro con un palo puntiagudo amarrado á una cuerda larga, que á su vez se hallaba fuertemente sujeta á un palo clavado en la orilla. Salfía el caimán del agua y tragaba el perro, quedando atravesadas sus mandíbulas por las puntas del palo, en cuya posición era atacado y muerto por los indios.

Usaron simultáneamente el nombre *caimán* Gómara y Cieza de León en sus obras impresas en 1553. Pero ya antes los había usado Oviedo en los capítulos que dejó inéditos, cuando da cuenta de la expedición de Jiménez de Quesada remontando el Magdalena; por donde queda comprobado que fué en dicho río donde tuvo origen ese nombre. Es, por lo tanto, errónea la afirmación de Littré y otros etimólogos que suponen á *caimán* voz caribe. En el territorio ocupado por los caribes, que eran las Antillas Menores, no había caimanes. Su idioma tomó muchas palabras del castellano, como aparece en el Vocabulario del P. Raymond impreso en el siglo XVII, y en el cual se lee por primera vez *acuyaman*.

En cuanto á *aligador*, procede del castellano, y corrió en Europa desde mediados del siglo XVI. "Este nombre *allegardo*, dice Gessner, no es alemán, sino formado del español *lagarto*." Los españoles han adoptado al fin ese vocablo, teniéndolo por extranjero, del mismo modo que aceptaron como indígenas de América otros muchos vocablos que ellos habían enseñado á los indios.

QUELONIOS.

VII.—TESTUDÍNIDOS.

8.—EMIS RUGOSA.

Hicotea.—Ov: XIII, 1; XIII s.

Hycotea.—Casas: V, pág. 279.

Los indios de Santo Domingo creían, según Casas, que la carne de hicotea producía el mal gálico; por cuya honesta razón nunca quiso comerla el reverendo.

VIII.—QUELÓNIDOS.

9.—CHELONE VIRIDIS.

Tortue franche.—Roch.: pág. 288.—Dut.: II, pág. 227.

10.—CHELONE IMBRICATA; el *carey*.

Caret.—Roch.: pág. 231.—Dut.: II, pág. 229.

11.—CHELONE CARETTA; la *caguama*.

Tortue cahuanne.—Roch.: pág. 231.—Dut.: II, pág. 218.

se al verde ó verdadero cocodrilo, *bamba*, palabra griega que significa tintura; y al pardo con pintas encarnadas, *caimán*, palabra que sin duda tiene el mismo origen de *carmin*.

El sistema de cazar caimanes, denominado por Herrera de *perrillo en estaca*, no era peculiar del Magdalena, pues se usaba también en México. Atravesaban un perro con un palo puntiagudo amarrado á una cuerda larga, que á su vez se hallaba fuertemente sujeta á un palo clavado en la orilla. Salfía el caimán del agua y tragaba el perro, quedando atravesadas sus mandíbulas por las puntas del palo, en cuya posición era atacado y muerto por los indios.

Usaron simultáneamente el nombre *caimán* Gómara y Cieza de León en sus obras impresas en 1553. Pero ya antes los había usado Oviedo en los capítulos que dejó inéditos, cuando da cuenta de la expedición de Jiménez de Quesada remontando el Magdalena; por donde queda comprobado que fué en dicho río donde tuvo origen ese nombre. Es, por lo tanto, errónea la afirmación de Littré y otros etimólogos que suponen á *caimán* voz caribe. En el territorio ocupado por los caribes, que eran las Antillas Menores, no había caimanes. Su idioma tomó muchas palabras del castellano, como aparece en el Vocabulario del P. Raymond impreso en el siglo XVII, y en el cual se lee por primera vez *acuyaman*.

En cuanto á *aligador*, procede del castellano, y corrió en Europa desde mediados del siglo XVI. "Este nombre *allegardo*, dice Gessner, no es alemán, sino formado del español *lagarto*." Los españoles han adoptado al fin ese vocablo, teniéndolo por extranjero, del mismo modo que aceptaron como indígenas de América otros muchos vocablos que ellos habían enseñado á los indios.

QUELONIOS.

VII.—TESTUDÍNIDOS.

8.—EMIS RUGOSA.

Hicotea.—Ov: XIII, 1; XIII 8.

Hycotea.—Casas: V, pág. 279.

Los indios de Santo Domingo creían, según Casas, que la carne de hicotea producía el mal gálico; por cuya honesta razón nunca quiso comerla el reverendo.

VIII.—QUELÓNIDOS.

9.—CHELONE VIRIDIS.

Tortue franche.—Roch.: pág. 288.—Dut.: II, pág. 227.

10.—CHELONE IMBRICATA; el *carey*.

Caret.—Roch.: pág. 231.—Dut.: II, pág. 229.

11.—CHELONE CARETTA; la *caguama*.

Tortue caluanne.—Roch.: pág. 231.—Dut.: II, pág. 218.

ANFIBIOS.

URODELOS.

I.—SALAMÁNDRIDOS.

1.—SPELERPES sp.

“Hay *salamandras* que mordiendo matan, y cacarean de noche como pollar.”—Herrera: III, 4, 10.

2.—SIREDON PISCIFORMIS.

Axolotl.—Sah.: XI, 3, 5.—Hern.: pág. 316.

ANUROS.

II.—RÁNIDOS.

3.—RANA sp. var.

Rana.—Colón: *Primer viaje*, 3 Nov. (S. D.).—Ov.: XIII, 10.—Herr.: I, 8, 3; IV, 8, 7.

4.—BUFO sp. var.

Sapo.—Ov.: XIII, 10.—Herr.: IV, 9, 6.

“Y un género de sapos menores que ranas, que saltan por los árboles y se tienen como pájaros: y hacen, en tiempo de aguas, tan gran estruendo y dan tan grandes bramidos como terneros.”—Herr.: IV, 4, 9.

El encuentro de ranas por Colón en Cuba y Santo Domingo, es por sí solo prueba concluyente de que ambas islas estuvieron en un tiempo unidas á la tierra firme; porque Bory de St. Vincent observa, y confirma Darwin, que el agua de mar mata á las ranas y á los sapos, así como á sus huevos, por lo cual no se encuentran esas dos especies ni otra alguna de batracios en las islas oceánicas. También se hallaron ranas en Martinica y Guadalupe, islas que en un tiempo formaban parte del continente: pero no en aquellas de las Antillas menores que por diversas causas han surgido del fondo de los mares. En Barbados, por ejemplo, no hubo ránidos, hasta que en este siglo fué transportado el *Bufus aqua* de Demerara.

La rana, y sobre todo el sapo, formaba parte importante de la alimentación en toda América. En muchas partes tributaban una especie de culto supersticioso á la rana, por creerla reina de todos los peces, opina Gómara. Muchas joyas de oro se encontraron en Santo Domingo y en el continente representando ranas, y aun esculturas talladas en piedra y sobre las mismas rocas. Si no un objeto de culto, puede aceptarse que la rana era un símbolo de las aguas en muchas partes de América.

PECES.

ACANTOPTERIGIOS.

I.—PÉRCIDOS.

1.—MESOPRION sp.

Pargo.—Ov.: *Sum.*, 83.

Parquète.—Ov.: XIII, 1.

2.—CENTROPOMUS sp.

Robalo.—Ov.: XIII, 1.

3.—ECHENEIS GUAICAN; *pega*, *pegador*.

Guaicanum, *Reversum*.—P. Martyr: I, 3.

Pesce riverso.—F. Colón: 55.

Pezce riverso.—Ov.: *Sum.*, 8; XIII, 9.

Reveso.—Casas: II, pág. 56.

Guaican.—Góm.: 20, pág. 170.

“Y el día siguiente, estando el Almirante en mucho deseo de haber lengua, vino una canoa á caza de peces, que así llaman ellos, *caza*, que cazan con unos peces otros, que traían atados unos peces por la cola con unos cordeles, y aquellos peces son de hechura de congrios y tienen la boca larga, toda llena de sosas, así como de pulpo, y son muy osados, como acá los hurones, y lanzándolos en el agua ellos van á pegarse á cualquier pez; de estos en el agua no los despegaran hasta que los saquen fuera, antes morirá; y es pez muy ligero, y desde que se pega, tiran por el cordel muy luengo en que lo traen atado, y sacan cada vez uno, y tómanlo en llegando á la lumbre del agua; y así que aquellos cazadores andaban muy desviados de las carabelas; y el Almirante envió las barcas armadas y con arte que no les huyesen á tierra, y llegados á ellos les hablaron todos aquellos cazadores como corderos mansos sin malicia, como si toda su vida los hubieran visto, que se detuviesen en las barcas porque traían uno de estos peces pegado en fondo á una gran tortuga, hasta que la hubiesen recogido dentro en la canoa; y así lo hicieron, y después tomaron la canoa y á ellos con cuatro tortugas, que cada una tenía tres codos en luengo, y los trajeron á los navios al Almirante.”—Bernáldez: 126, pág. 672.

El autor de este libro, en uno de sus trabajos anteriores, ha puesto en duda el sistema de pesca atribuido á los indios de Cuba por P. Martyr, F. Colón, Casas, Oviedo y otros autores primitivos; sistema que consistía en amarrar á un cordel el *Echeneis guaican*, conocido en Cuba con el nombre de *pega*, para que fuese voluntariamente á adherirse á una tortuga ó á un pez de grandes dimensiones, sirviendo así de gancho para sacarlo del agua. La gran dificultad de manejar á un pez que se adhiere á todo lo que se le acerca por el efecto de una acción, seguramente involuntaria, y la probabilidad de desgarrarlo en dos pedazos apenas se tirase del cordel, eran las principales razones en que se apoyaba la negativa. Oviedo añade que no solo una tortuga, sino también un manatí, podía cogerse de ese modo; y en ese punto hay que continuar incrédulos, por el tamaño tan inmensamente mayor de ese sirenio, porque

ningún otro autor repite la afirmación y porque no se sabe tampoco que los indios de las Antillas comiesen manatí ni lo aprovecharan para ningún uso.

Pero con respecto á tortugas, hay que aceptar el hecho no sólo como posible, sino como cierto. Humboldt supo en las islas Filipinas que los naturales de una de ellas se servían del mismo sistema de pesca; y en la época actual se emplea por los habitantes de las costas orientales de África. Mr. Holmwood, cónsul inglés de Zanzíbar, testifica que, navegando por aquellos mares, notó que unos peces se pegaban á los costados de la embarcación, siéndole á él imposible despegarlos sin romperlos; pero no así á los marineros, los cuales lo lograban fácilmente por medio de cierto movimiento lateral. Algún tiempo después vió que un indígena estaba ahuecando un gran tronco de un árbol, y pudo observar también muchas artesas grandes hechas de ese modo, las cuales servían de estanque en que se conservaban peces del género *Echeneis*, llamado en el viejo mundo *rémora*, creyéndose en los tiempos antiguos que bastaba á detener la marcha de los buques. Esos peces de Zanzíbar tenían en la cola aros de hierro ó de alambre donde se ataba la cuerda para echarlos al agua. Algunos de ellos habían crecido después de puesto el aro, porque éste había penetrado en la carne, y otro tenía la cola desgarrada por falta del suficiente cuidado al tirar la cuerda. En esas artesas los conservaban en agua de mar hasta el momento de emplearlos en pescar, principalmente tortugas. Confirma, en fin, la relación, de un modo asombroso, lo mismo visto por Colón en la costa Sur de Cuba, de cuyo hecho conviene advertir que no da muestra de tener ningún conocimiento el moderno testigo. Véase *On the employment of the Remora by native fishermen on the East-coast of Africa; by Frederick Holmwood II. B. M., Consul Zanzibar*, publicado en los *Proceedings of the Zoological Society of London*, 1884.

La *rémora* cubana que vió Colón no es el *Echeneis naucrates* de Linneo, sino otra especie diversa que Poey llama *Echeneis guaicana* en sus *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba*, Habana, 1856-58. Se pega exclusivamente á las tortugas, y hay otras especies que se adhieren á grandes peces como los tiburones, las agujas y las picudas.

V.—CARÁNGIDOS.

4.—CARANX FALAX.

Xurel.—Ov.: *Sum.*, 83; XIII, 1.—Casas: III, pág. 136.

5.—TRACHYNOTUS sp.

Palometa.—Ov.: *Sum.*, 83; XIII, 1.

VI.—XIFIDOS.

6.—XIPHIDÆ sp.

Aguja.—Ov.: XIII, 1.—Casas: III, pág. 472.—Herr.: I, 9, 4.

IX.—MUGILIDOS.

7.—MUGIL LISA; *lisa*.

Lisa.—Colón: *Primer viaje*, Dic. 7.—Ov.: *Sum.*, 83.—Casas: IV, pág. 278.—Herr.: I, 9, 4.

Cuando Sebastián de Ocampo visitó en 1508 el puerto de Jagua, hoy de Cienfuegos, en la costa Sur de Cuba, halló cercados de cañas clavadas en el fango, dentro de los cuales criaban

y conservaban los indios millones de lisas para su consumo. En la Florida existían á las orillas del mar iguales cercados, que Cabeza de Vaca llama *cañares*.

FARINGOGNATOS.

X.—GÉRRIDOS.

8.—GERRES sp.

Moharra.—Ov.: *Sum.*, 83; XIII, 1.

Moxarra.—Herr.: I, 9, 4.

ANACANTINOS.

XII.—PLEURONÉCTIDOS.

9.—HIPPOGLOSSUS sp.

Lenguado.—Colón: *Primer viaje*, Dic. 7.

FISÓSTOMOS.

XIII.—ESCOMBRESÓCIDOS.

10.—EXOCETUS sp.

Pez golondrina.—Colón: *Primer viaje*, Oct. 6.

Golondrino.—Casas: I, pág. 283.—Herr.: I, 1, 11.

Volador.—Ov.: *Sum.*, 83; XIII, 1.

“Y estando por ahí cerca ví un contraste de estos pejes voladores, y de las doradas, y de las gaviotas, que en verdad me parece que era la cosa de mayor placer que en mar se podía ver de semejantes cosas. Las doradas iban sobreaguadas, y á veces mostrando los lomos, y levantaban estos pescadillos voladores, á los cuales seguían por los comer, lo cual huían con el vuelo suyo, y las doradas proseguían comiendo tras ellos á do caían: por otra parte, las gaviotas ó gavinas en el aire tomaban muchos de los pejes voladores; de manera que ni arriba ni abajo no tenían seguridad.”—Ov.: *Sum.*, 83.

XIV.—CLUPEIDOS.

11.—MEGALOPS ATLANTICUS; *sábalo*.

Sábalo.—Ov.: *Sum.*, 83; XIII, 1.—Casas: III, pág. 472.

XV.—MURÉNIDOS

12.—ANGUILLA sp.

Anguila.—Ov.: XIII, 1.—Casas: V, pág. 279.

PLEGTOGNATOS.

XVI.—OSTRACIÓNTIDOS.

13.—OSTRACION sp.; en Cuba *cochino*.

“Pescaron también con redes y hallaron un pece, entre otros muchos, que parecía propio puerco, no como tonina, el cual diz que era todo concha, muy tiesta, y no tenía cosa blanda sino su cola y los ojos, y un agujero debajo de ella para expeler sus superfluidades; mandólo salar para llevarlo, que viesen los reyes.”—Colón: *Primer viaje*, Nov. 16, en Cuba.

PLAGIOSTOMOS.

XVIII.—ESPINÁCIDOS.

14.—*RAIA* sp.; *raya*.

Raja.—Ov.: *Sum.*, 83.

Raya.—Ov.: XIII, 1.

XIX.—CARCÁRIDOS.

15.—*SPHYRNA* sp.

Cornuda.—Ov.: XIII, 1.

XX.—PRÍSTIDOS.

16.—*PRISTIS ANTIQUORUM*; *péz sierra*.

Peje vihuela.—Ov.: XIII, 3.

INSECTOS.

HIMENOPTEROS.

I.—APIARIOS.

1.—*MELIPONA* sp. var.

“Abejas hay muchas por los bosques salvajes, y la miel algo agria, y rala la cera: algunas la hacen amarilla y otras la hacen negra: pero la miel de la cera amarilla es más dulce que la otra. Algunas crían los indios en sus casas en unos calabazos grandes: no pican ni tienen ponzoña, y son mucho menores que las de Europa, y más vellosas; y los vasillos de los panales, aunque las abejas son pequeñas, como he dicho, son cada uno tan grande como una bellota.”—Ov.: XX, c. 22, pág. 231; en Venezuela.

“Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos: junto á la abertura del panal, despues que lo tienen bien cerrado, sale un cañuto que parece cera, como medio dedo, por donde entran las abejas á hacer su labor, cargadas las alicas de aquello que recogen de la flor; la miel de estas es muy rala y algo agria, y sacarán de cada colmena poco más que un cuartillo de miel. Otro linaje hay de estas abejas, que son poco mayores, negras, porque las que he dicho son blancas; el abertura que estas tienen para entrar en el árbol es de cera revuelta con mistura, que es más dura que piedra; la miel es sin comparacion mejor que la pasada, y hay colmena que tiene más de tres azumbres. Otras abejas hay que son mayores que las de Es-

paña; pero ninguna de ellas pica más de cuanto, viendo que sacan la colmena, cargan sobre el que corta el árbol, apegándosele á los cabellos y barbas. De las colmenas de estas abejas grandes hay alguna que tiene más de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras: algunas de estas saqué yo, aunque mas ví sacar á un Pedro de Velasco, vecino de Cartago.” —Cieza de León: c. 25, pág. 376.

“Abejas que crían miel, y la diferencia de ellas es grandísima: unas duendas sin aguijon, que hacen miel clara: otras con él, como las de Castilla: otras pequeñas como moscas que hacen buena miel; otras que su miel trastorna el seso á los hombres; y finalmente, ningunas hacen panal, sino que esconden su licor debajo de tierra en árboles y en las raíces de ellos: la miel es muy líquida y tira á agrio, y en especial la de las moscas; los castellanos la cuecen y es más sana, y de gusto razonable, porque la tiene como miel de agrio de naranja.”—Herr.: IV, pág. 226, en Verapaz.

En la costa norte de Cuba halló Colón una substancia que le pareció cera. “Hallaron en una casa *un pan de cera*, que trajo á los reyes, y dice que donde cera hay también debe haber otras mil cosas buenas.” Así en su diario, á 29 de Noviembre. En su segundo viaje, los que se internaron á Guadalupe dijeron á su vuelta que habían visto, entre otras cosas, cera. “Pero hasta ahora no se ha sabido —agrega Casas— que tales cosas haya, *ni allí ni en las otras islas.*”

Efectivamente, Oviedo afirma en los términos más absolutos que en Santo Domingo no había abejas, y Casas no es menos explícito al asegurar que tampoco las había en Cuba. En 1514, pasando este último autor con algunos compañeros por el lugar en que se estaba fundando la Habana, en la costa sur de la isla, vieron enterrado en la arena de la playa un objeto que atravesaron con un bastón y que les pareció un gran pan de cera *amarilla* que pesaría una arroba. Dos veces lo refiere el mismo Casas, una en el tomo I, pág. 353; otra en el IV, pág. 34. Maravilláronse del encuentro, y solo pudieron explicárselo al cabo de algunos años, después de descubierto Yucatán, suponiendo que había sido transportado á la Habana por las corrientes marítimas. Conviene aquí advertir que, aun en el caso de ser cera, nunca podría ser producto de las abejas tenidas hoy en Cuba por indígenas, pues éstas la producen *negra*: al paso que en México hay especies que dan cera amarilla. Pero muy inexacta idea tenían aquellos españoles de las corrientes que imperan por estos mares, al suponer que un objeto podía ser transportado por las olas desde Yucatán hasta la Costa sur de Cuba. Lo más seguro es que lo que vieron Casas y sus compañeros fué un *Aleyodínido*, substancia marítima muy abundante en las costas tropicales y muy parecida á un panal de cera; y lo mismo puede decirse del objeto hallado por Colón en la costa norte, pues entre las cosas recibidas en España á su llegada no se hace mención de la preciada materia que creyó haber encontrado.

Es seguro, pues, que las especies de *Melipona* existentes actualmente en Cuba, en Santo Domingo y en otras Antillas, y conocidas con el nombre vulgar de *abejas de la tierra*, fueron introducidas del continente por los españoles necesitados de cera para el culto y para otros usos. En Guadalupe y Martinica se mencionan ya á la llegada de los franceses, 1635, en cuya época puede creerse que ya se habían extendido también por las otras Antillas.

El primer lugar en que se encontraron abejas en América fué el istmo de Darien, en 1514, y después Yucatán en 1518. La miel de la primera isla á que llegaron Grijalba y sus compañeros la hallaron muy ácida; y de esa *acuta mellis* parece que tomó nombre la isla, pues unos la llamaron *Acuzamil* y otros *Cozumel*.

Los indios no utilizaban la cera; pero comían la miel y aun las mismas abejas en Cumaná, según Gómara y Herrera. Los españoles de Nicaragua hacían buen vino de la miel indígena.

III.—FORMICARIOS.

2.—FORMICA OMNIVORA.

Hormiga.—Casas: V, pág. 24.—Ov.: XV, 1.—Herr.: II, 3, 14.

En 1518 ocurrió una gran plaga de hormigas en Santo Domingo que se extendió bien pronto á Cuba y Jamaica. Atribuyóse el mal á la introducción de los plátanos, entonces por primera vez sembrados en la primera de esas islas. Según Casas, no dejaron un solo naranjo, ni cañafistolo, ni ninguno de los otros árboles frutales que existían ya en Santo Domingo. Como remedio contra ellas se hacían hoyos profundos alrededor de los árboles y se llenaban de agua, pero á pesar de eso pasaban las hormigas. Quemábanlas en gran número sin que nunca disminuyesen. Los frailes del convento de San Francisco de la Vega pusieron en el pretil de la azotea una piedra de solimán que podría tener tres ó cuatro libras, y empezaron á subir hormigas, las cuales apenas mordían el solimán caían muertas, sin que cesase la procesión que de todas partes de la isla se dirigía al convento, hasta que se agotó la piedra y se cansaron los frailes.

En Jamaica se despobló entonces la población de Sevilla, y en Cuba la de Sancti Spiritus, ambas recién fundadas. Posteriormente se reprodujo la plaga varias veces en las Antillas, notablemente en Barbados, 1760; Martinica, 1763, de donde pasó á Granada, 1770; ofreciendo el gobierno de la primera un millón de francos y el de la segunda otro adicional de veinte mil libras esterlinas al que descubriese un medio para exterminarlas. En Jamaica las introdujo nuevamente por casualidad un tal Raffle que las llevó de Cuba, por lo cual es allí conocida todavía por el nombre de *hormiga de Raffle*. Nada pudo hacerse contra ellas, hasta que por fin el huracán de 1780 las exterminó por entonces.

3.—ATTA CEPHALOTES; en Cuba, *vivijagua*; en Venezuela, *bachaco*.

“Hay otras hormigas mayores que ningunas de las que he dicho, y son bermejas, y pican mucho, y dan dolor; pero presto se pasa si no son muchas las que pican; pero dejan un ardor por do pasan, como fuego, con gran escocimiento; aquestas son así mismo dañosas para las haciendas del campo; pero son pocas y no las hay en todas partes.”—Ov.: XV, 1.

4.—FORMICARIDÆ sp. var.

Hormiga.—Ov.: XXV, 1.—Herr.: III, 3, 11.

Refiere Herrera que en México, en la huerta de un tal Castilla, hacían estragos unas terribles hormigas sobrenombradas *ladronas*, las cuales, para salvar un arroyo que como defensa se había puesto en el camino que debían recorrer, hicieron con la mayor inteligencia un puente de pajas de cuatro dedos de ancho, y por él pasaron del otro lado. Dice igualmente que en el país de los chichimecas se habían observado grandes combates entre opuestos bandos de hormigas, y las vencedoras, después de la batalla, entraban en las galerías contrarias y continuaban el destrozo saliendo cargadas de cabezas y otros miembros de las vencidas.

Fr. Jerónimo de Mendieta, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, escrita en el siglo XVI, aunque no impresa hasta 1870, en México, refiere que en Tehuacán, Fr. García de Salvatierra, para impedir que las hormigas entrasen en el refectorio del convento, les hizo un exhorto religioso en nombre de Santa Ana, al cual las hormigas obedecieron absteniéndose de entrar en los lugares que les estaban prohibidos. Es la especie conocida con el nombre vulgar de *santanica*, y en otras partes con el de *hormiga boticaria*.

Los indígenas americanos eran grandes consumidores de hormigas en todo el continente, ya en estado natural, que era lo más común, ya tostadas, como se vendían en los mercados de México, ya amasadas en una especie de pasta, con maíz ó frutas, en forma de bollos como hacían los panches de Nueva Granada. Estos últimos salvajes las criaban expresamente en corrales para substancia alimenticia.

Dícese igualmente que las cabezas de ciertas especies de hormigas y aun los cuerpos enteros de otras, entraban en una composición mortífera para untar las puntas de las flechas. Pero aunque muchas formicarias encierran en su cuerpo ácidos corrosivos, no puede atribuírsele á éstos efectos tan mortales.

IV.—LEPIDÓPTEROS.

5.—PAPILIONIDÆ sp. var.

“Y el día siguiente vinieron á los navios tantas *mariposas* que oscurecieron el aire del cielo, y duraron así hasta la noche, que las destruyó una grande agua que llovía y truenos con ella.”—Bernáldez: 129, pág. 675; segundo viaje de Colón, en Cuba.

“Hay muchas maneras de mariposas en esta tierra, y son de diversos colores, y muchas más que en España. Hay una manera de estas que son muy pintadas de diversos colores, que llaman *xiculpapalotl*; hay otras negras y rociadas con unas pintas blancas, que llaman *tilpapalotl*; hay otras que son leonadas y reluce su color; otras hay que son blanquecinas, entre amarillo y blanco; hay otras que son muy bien pintadas á las mil maravillas; y finalmente, hay otras mariposas que son coloradas y pintadas, y muy hermosas.”—Sah.: XI, 5, 11.

(Continuará).